

idas y venidas. Sus viajes permanecieron ignorados como si jamás hubieran tenido lugar, en tanto que las emigraciones también desconocidas de los insulares del Pacífico se encontraban al menos unidas, por el lazo de las navegaciones malayas, al mundo de la India insular y continental: de ese modo los orientales podían formarse una idea de ese mar inmenso, sembrado de una vía láctea de islas é islotes, que se extiende en la anchura de la costa de Asia á distancias grandísimas. En aquellas lejanas regiones no hubieran podido concebir el Océano, como lo hicieron los griegos, como un simple río que encerraba con su estrecha corriente las tierras continentales; el indio y el malayo le considerarían más bien como un espacio sin límites que iba á perderse en el infinito de los cielos.

El Este se encontraba así entonces grandemente adelantado sobre el Oeste, á la vez por la extensión de su dominio conocido y por la mayor cohesión de sus pueblos. Pero transcurridos treinta siglos, y sin que haya habido regresión por su parte, porque de una manera general la evolución se ha hecho en todo lugar en el sentido de lo mejor por el aumento de los conocimientos, ha sido singularmente distanciado. Hasta se ha emitido la idea que la precocidad de la civilización oriental podría haber sido la causa de esa detención del desenvolvimiento; porque demasiado apresuramiento en el esfuerzo trae siempre consigo más rápido cansancio<sup>1</sup>. Hay escritores que se entregan á fantasías místicas, y tomando por base de sus argumentos una especie de predestinación, han tratado de explicar el contraste entre el Este y el Oeste por una diferencia de raza original é indestructible. Los dos mundos, dicen, se diferencian en principio desde sus comienzos; el espíritu de los orientales es nebuloso y quimérico, inclinado á los refinamientos sutiles y á las ambigüedades contradictorias, y obra en sentido inverso de la inteligencia de los occidentales, que está dotada del genio de la observación, de una rectitud natural de pensamiento, de la comprensión de las cosas. El mito de la Serpiente en el Paraíso Terrestre, simbolizando á los ojos de esos escritores la influencia perniciosa del Oriente, dominaría todas las relaciones de un mundo á otro.

Concepción semejante, que daría á los occidentales una superioridad

<sup>1</sup> Gaëtan Delaunay, *Mémoire sur l'infériorité des Civilisations précoces.*

incontestable, sólo reposa evidentemente sobre el recuerdo del largo antagonismo existente entre poblaciones lanzadas unas contra otras por la guerra ó por los intereses comerciales en las diversas épocas de su vida política y social: en realidad la simple exposición de los hechos ha sido tomada por una explicación. Entre una civilización decadente y una sociedad en plena vida de crecimiento, las condiciones no son iguales: para juzgarlas con perfecta equidad, es preciso colocarse en períodos correspondientes de su vida colectiva. Sería injusto, por ejemplo, comparar los Estados Unidos en su triunfante juventud con la China en su edad senil. Separando, pues, esa supuesta diferencia esencial de las razas, han de estudiarse las condiciones telúricas del mundo oriental, buscando en ellas las causas del retraso de su desarrollo, comparado con los progresos del Occidente.

En primer lugar, el Gran Océano, con sus millares de islas, sólo tiene para su inmensa extensión líquida una corta proporción de tierras emergentes, aparte del árido continente australiano; los centros de civilización, tales como Samoa, Taiti, los grupos de Tonga y de Fidji, separados unos de otros por largas distancias y con escasa población, no podían ejercer influencia considerable, por ser los archipiélagos demasiado estrechos para dar nacimiento á un gran foco de irradiación intelectual. La Nueva Zelanda, bastante amplia para llegar á ser la residencia de una nación poderosa, se halla demasiado apartada de las vías históricas, en los solitarios mares del Sud; por lo demás, se ha colonizado tarde y apenas se han sucedido en su territorio treinta generaciones.

En cuanto á las islas ecuatoriales, desde Borneo á la Papuasía (Nueva Guinea), son grandes y están muy favorablemente situadas en el ángulo sud-oriental del continente de Asia, en el eje del movimiento general de la civilización; la riqueza misma de su vegetación forestal y las facilidades de la existencia permitieron á los aborígenes mantenerse en su aislamiento primitivo, y la mayor parte de esos archipiélagos magníficos quedaron así fuera de la marcha del progreso. Los aventureros malayos, lo mismo que los colonos de razas diferentes, se contentaron con ocupar las costas; el interior quedó inexplorado, y á veces se halló completamente cerrado por el espesor de los bosques, donde se ocultaban los «corta cabezas». Sólo dos grandes islas, las más próximas al continente asiático, Sumatra y Java, se unen al mundo civilizado del



Asia oriental; la primera de una manera muy incompleta, puesto que los bosques del interior y las mesetas estaban aún ocupados por bárbaros, enemigos de todo comercio con el extranjero. Si Java goza por completo del privilegio de estar asociada al dominio de la cultura hinda, lo debe á la facilidad de acceso que ofrecen sus dos riberas y á su configuración geográfica.

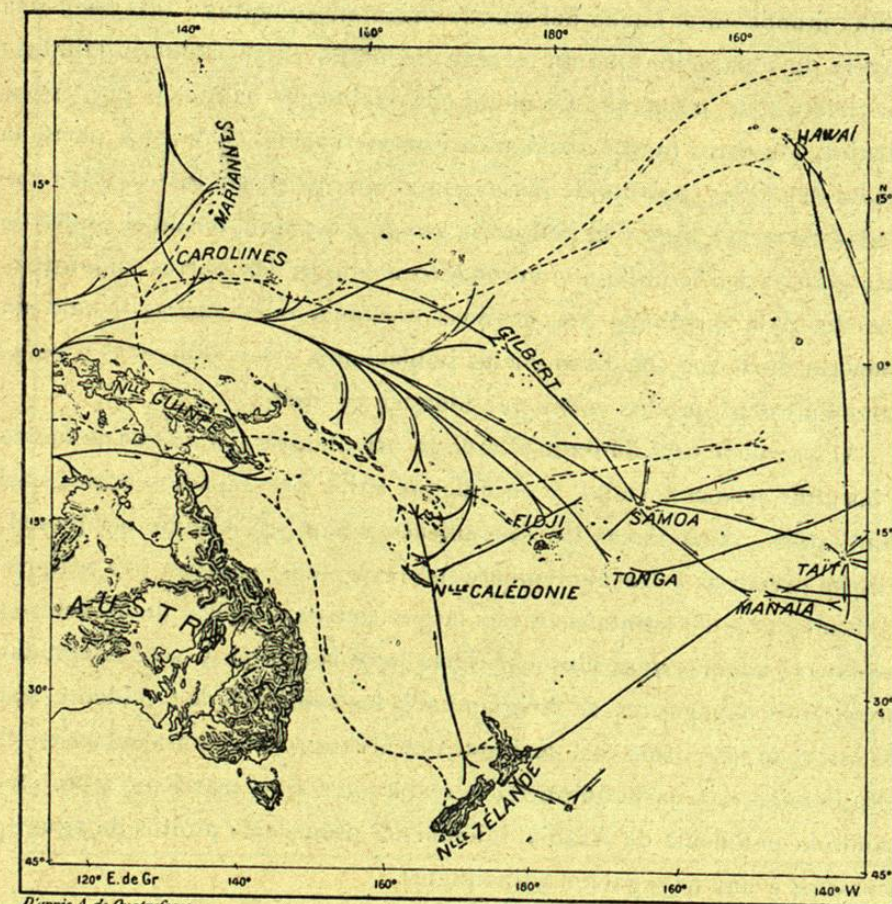
Pero esa tierra maravillosa, aumentada por algunos distritos de Sumatra y de un corto número de islas próximas, que participan de la misma civilización, no constituye, comparada con la inmensidad del Océano, un territorio bastante extenso para suministrar un foco de luz que ilumine el mundo insular del Extremo Oriente. Además, el grupo de las grandes islas, tomado en su conjunto, ha contribuido ciertamente, por la extensión misma de su laberinto, á impedir que se forme la unidad-histórica de las regiones insulares. Borneo, Celebes, las principales tierras de las Filipinas, la Nueva Guinea — por sí misma casi continental — y la costa árida del continente vecino, la Australia, son otras tantas comarcas en las que el extranjero, marino náufrago ó colono aventurero, corría el riesgo de ser acogido como enemigo, quizá hasta como pieza de caza. Por último, el estrecho de Torres, la principal puerta oceánica entre la Insulinda y la Polinesia, está casi completamente cerrado por arrecifes madreporicos.

Asimismo, no fué posible encontrar en tiempos pasados, sobre las riberas continentales, un centro común de civilización para el mundo oriental. Por notable que fuese el progreso del pensamiento en las comunidades que nacieron sobre las orillas del Indus y de la «Madre Ganga», en Ceylán, sobre las costas del Malabar y de Coromandel, en las cuencas de los ríos indo-chinos, en las llanuras floridas del Yangtse-Kiang y en la «Tierra Amarilla» de las «Cien Familias», esas diversas civilizaciones no se agruparon jamás en un todo político, y el lazo, hartamente relajado, que las unía sólo se mantuvo durante un corto período, bajo la influencia del proselitismo religioso. Las comunicaciones entre esas diversas comarcas fueron siempre escasas é inciertas. Tribus numerosas que habitaban en grupos independientes todas las regiones de las montañas, se repartían en fragmentos distintos el territorio de las naciones civilizadas. Si el Japón, gracias al vapor triunfante que reduce todas las distancias, ha tomado en estos últimos tiempos una posición política

y socialmente central, se sabe que no hace mucho se aislaba cuidadosamente, reuniendo sus fuerzas sobre sí mismo, como si hubiese constituido un mundo aparte.

N.º 44. Emigraciones oceánicas.

(Véase pág. 313)



D'après A. de Quatrefages.

Emigraciones melanésicas

Emigraciones indonésicas

1: 80 000 000

0 500 2000 4000kil.

El conjunto del espacio ocupado por los orientales cultos presenta casi la forma de un abanico; es este un hecho geográfico evidente. El eje de la cuenca del Indus, donde se cantaron y rezaron los primeros poemas védicos, apunta hacia el Sudoeste; las corrientes unidas del



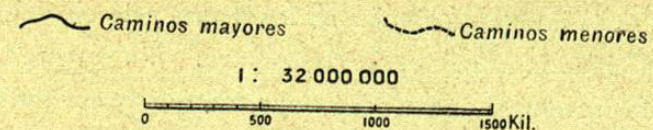
Ganges y del Brahmaputra se unen en el laberinto de su delta corriendo directamente hacia el Sud; los ríos de la Indo-China se dirigen hacia el Sudeste, en tanto que los ríos de la China, y con ellos el movimiento de la civilización, descienden hacia el mar oriental. Puede decirse que las diversas actividades de esas comarcas están animadas de una fuerza centrífuga: no tienen punto de foco natural; además, la península indo-china, situada en el hueco del mundo oriental, constituye más bien una barrera de separación que un terreno de unión entre Chinos é Hindus: sus cadenas de montañas paralelas, parcialmente habitadas por tribus salvajes, son otros tantos obstáculos intermediarios. Por otra parte, la meseta del Tibet, por donde parece que deberían pasar los caminos naturales entre la China y la península gangética y que, desde el punto de vista geométrico, contiene el verdadero medio de las tierras sud-orientales del Asia, prolonga sus nevadas crestas á tales alturas y bajo un clima tan duro que sus diseminadas poblaciones están obligadas á refugiarse en los profundos valles que hienden el suelo.

Al Noroeste está limitado el mundo oriental por los rasgos de fuerza de las altas aristas nevadas, y en muchos sitios por espacios áridos casi inhabitables. Las líneas de comunicación con el mundo occidental, siempre precarias y frecuentemente interrumpidas, pasaban por peligrosos desfiladeros de montañas ó por largos rodeos á través de las estepas siberianas; además unas vías marítimas muy revueltas y sólo conocidas por algunos navegantes, se dirigían hacia las comarcas de Occidente, sea á lo largo de las costas casi desiertas del Mekran actual para entrar en el golfo Pérsico, sea pasando por la estrecha puerta del mar Rojo y contorneando la península de Arabia, igualmente pobre en « puntos de agua », necesarios á una navegación principiante.

Por tan tupidas redes, casi gota á gota, había de irse destilando la quintaesencia de la civilización antes que pudiera alcanzar el torrente de la cultura occidental; pero por un notable contraste, las venas por donde había de hacerse el derrame de un mundo á otro están dispuestas precisamente en sentido contrario de las vías históricas del Asia extrema. En tanto que éstas se extienden ampliamente y no tienen otra finalidad común que la inmensa cintura marítima, los caminos del Este convergen uniformemente, aunque por líneas curvas ó cortadas, hacia la cuenca del Mediterráneo helénico y romano.

La larga hendidura del mar Rojo, que unía el país de los Hymiaritas y la Etiopía al Egipto del delta, apunta directamente hacia el mar de Siria, de que la separaba una estrecha y arenosa playa; el serpenteado

N.º 45. Caminos divergentes del Extremo Oriente.



valle del Nilo se abre en la misma dirección; el golfo Pérsico, continuado al Noroeste por el curso del Eufrates, se dirige en línea recta hacia el ángulo del Mediterráneo, donde se halla la isla de Chipre. Más al Norte, todos los ríos, todos los caminos de comercio que descienden



de la Anatolia, del Asia anterior y de las llanuras sármatas al mar Negro se convierten en afluentes de los mares helénicos á través del Bósforo y del Helesponto. Hasta la gran península anatólica se divide en pequeñas penínsulas secundarias que encierran las depresiones todas que se dirigen hacia Grecia. Y tenemos que el maravilloso cosmos del Atica, del Peloponeso y de las tierras adyacentes vino á ser, gracias á la convergencia de las vías, el punto de unión necesario de todas las civilizaciones asiáticas y el foco de elaboración y de renovación de todos aquellos primeros elementos para las naciones helénicas. Tal tué, descrito en breves frases, el contraste histórico de las dos mitades del mundo durante las primeras edades donde penetra nuestra mirada.

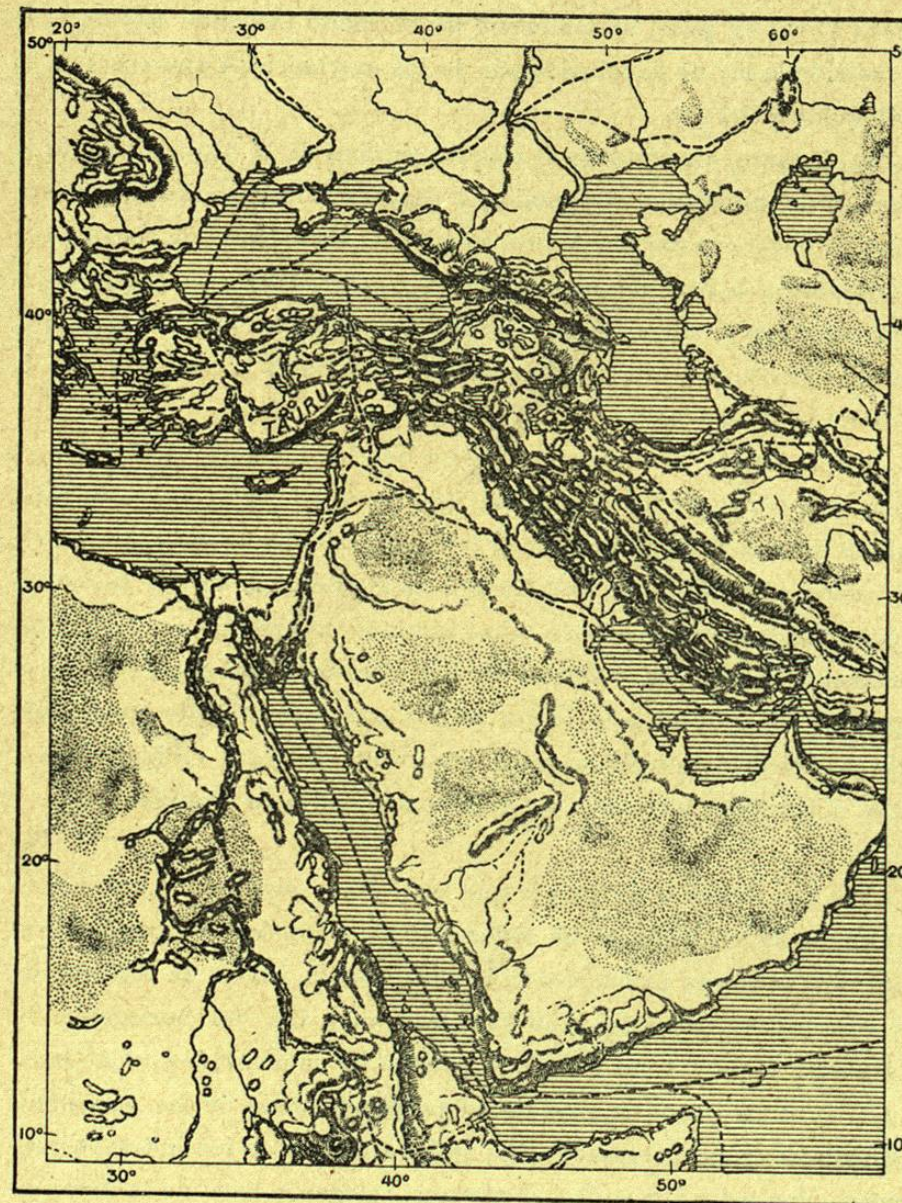
La manera corriente de considerar la historia es esencialmente egocéntrica, es decir, tiene por razón de ser la excepcional importancia dada por el escritor á su propia patria. Cada nación, considerando el país natal como el verdadero centro de la Tierra, se imaginaba que toda historia debía empezar por la del « pueblo escogido »: tal fué en otro tiempo el Judío; lo mismo hizo el Chino. Esa apreciación ha debido ceder naturalmente á más amplia comprensión de las cosas; pero, bajo la influencia de un mismo móvil de vanidad colectiva, de relativa estrechez de espíritu, hay autores que todavía profesan ideas muy parciales sobre la marcha de la historia, y así hay gran número de escritores que nos dicen que « la civilización se mueve de Oriente á Occidente siguiendo el movimiento del Sol », fundándose evidentemente en el desarrollo especial de las naciones de lenguas arias, que siguen un itinerario más ó menos sinuoso, dirigiéndose desde la meseta de Irán hacia las orillas del Sena y del Támesis.

Hasta se ha intentado dibujar en los mapas este eje del progreso y precisar en cifras las medidas de las etapas <sup>1</sup>. Sin embargo, los ejemplos abundan y sobreamundan para demostrar que la marcha de la civilización no está regulada con esa tatalidad, y que muy frecuentemente la historia se ha orientado en sentido inverso. Dada una región central con pendiente natural inclinada hacia todo el contorno del horizonte, lo cierto es que los progresos de la cultura se cumplirán en la dirección de

<sup>1</sup> R. Brück, *L'Humanité, son Développement et sa Durée*.

Oriente lo mismo que en la de Occidente, y, en muchas comarcas, allí, por ejemplo, donde el movimiento de los pueblos se ha propagado á lo

N.º 46. Convergencias de los caminos del Asia anterior.



1: 30 000 000

0 500 1000 1500 kil.

largo de un río ó bien ha procedido de tierras poco fértiles y forzosa-